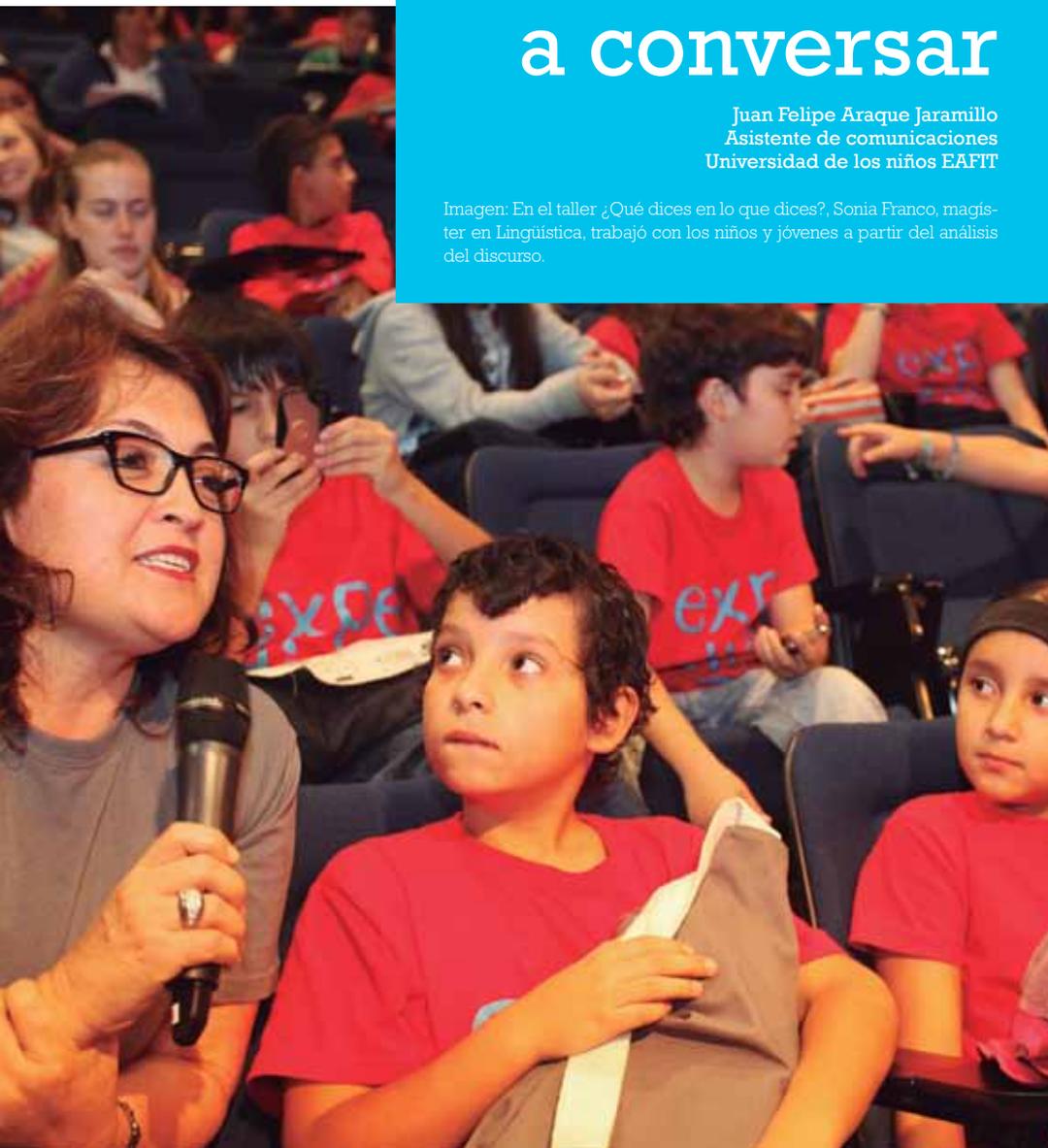


Poner los saberes a conversar

Juan Felipe Araque Jaramillo
Asistente de comunicaciones
Universidad de los niños EAFIT

Imagen: En el taller ¿Qué dices en lo que dices?, Sonia Franco, magíster en Lingüística, trabajó con los niños y jóvenes a partir del análisis del discurso.



La comunicación pública de la ciencia aparece hoy en la agenda de muchos países. Entre ellos Colombia en el que se aprueba, desde 2005, la Política Nacional de Apropiación Social de la Ciencia la Tecnología y la Innovación propuesta por Colciencias. Cinco investigadores de EAFIT opinan sobre este tema a partir de su experiencia como asesores de la Universidad de los niños.

La comunicación pública de la ciencia y la tecnología es un ejercicio de participación y transformación porque permite a la comunidad empoderarse del conocimiento y confrontarlo con los saberes populares, que tienen mucho por decir y aportar aunque no estén validados por un método científico. Así lo define Daniel Hermelin Bravo, magíster en Difusión de las Ciencias y las Técnicas.

Su experiencia en el tema, unida a las opiniones de otros investigadores que asesoran la Universidad de los niños EAFIT, valida la importancia de comunicar la ciencia y la tecnología, no solo para legitimar proyectos, recibir aval público y traducir contenidos, sino también para volcar las posibilidades de la investigación hacia las necesidades y problemas de la sociedad.

Por qué comunicar la ciencia al mundo

Comencemos por los aportes más elementales de la comunicación de la ciencia y la tecnología a la práctica científica: legitimar la labor de los investigadores y las razones por las cuales se invierte en ella.

Al respecto de esta apreciación, Luis Fernando Vargas Alzate, magíster en Estudios

Políticos, habla del compromiso con la sociedad que el investigador asume al intentar dar respuestas, en función de la ciencia, a inquietudes constantes.

“Es nuestra obligación trazar caminos para que la sociedad avance; no ganamos mucho yéndonos a husmear, a investigar, a encontrar cosas que terminen guardadas para nosotros”.

Por su parte, Sonia López Franco, magíster en Lingüística, considera que el conocimiento no es propiedad privada, sino una construcción colectiva que tiene efecto al socializarse.

“Si no fuera público el conocimiento y se diera a conocer solo en ciertos lugares, donde te proporcionan dinero o logros alguna repercusión política, tendríamos un problema elitista; todo el mundo debería conocerlo, independiente de cualquier condición.”

Daniel Hermelin enfatiza en la necesidad de una apropiación del conocimiento que vaya más allá de validar socialmente las prácticas científicas y tecnológicas, y que pueda confrontarlas con los saberes populares y sus aportes. Como es el caso de los alimentos transgénicos, tema sobre el que ya se ha abierto la discusión en muchos países del mundo.

“Si en Colombia no se realiza un debate fuerte acerca de las implicaciones que, a futuro, tiene el consumo de transgénicos, seguiremos engañados por empresas que, aprovechándose del discurso de acabar el hambre del mundo con esta técnica, terminan enriqueciendo sus arcas y aumentando su poder e injerencia, inclusive, en las decisiones de los gobiernos de países industrializados y no industrializados. Si esto es divulgar la ciencia, ¿qué ciencia es la que estamos divulgando?, ¿qué es lo que vamos a comunicar?”

La comunicación de la ciencia y la tecnología es un modelo democrático que requiere de la participación activa de muchos sectores para discutir y buscar soluciones a conflictos y problemas sociales en los que el conocimiento científico y tecnológico juega un papel importante.

Cuestionar el lugar privilegiado de la ciencia

Desde esta perspectiva, las estrategias de participación activa son indispensables para cuestionar el lugar privilegiado de la ciencia como proveedor de conocimientos verídicos, y, por tanto, volverlo susceptible y vulnerable a la crítica.

Con esta apreciación coincide Iván Darío Correa Arango, doctor en Geología Marina:

“Las personas que viven en las zonas de influencia de nuestros estudios, o las

afectadas por los problemas que investigamos, tienen que estar ahí, porque son los que pueden tomar decisiones racionales que contribuyen a la solución”.

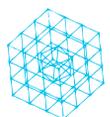
Ricardo Mejía Gutiérrez, doctor en Ciencias de la Ingeniería, considera que cualquier tipo de estrategia para compartir conocimientos necesita del apoyo de un grupo de personas o entidades, sin importar si la intención es alfabetizar, divulgar, difundir, vulgarizar, popularizar o hacer comunicación pública de la ciencia y la tecnología.

Y añade que este proceso exige participación de representantes de distintas áreas del saber -comunicadores sociales, científicos y comunidades- dispuestos a un intercambio, para desmontar los poderes absolutos que suelen definir los asuntos importantes.

Tales modelos absolutistas nacieron de gobiernos y organismos científicos, estimulados por el desarrollo de las sociedades y el dominio económico sobre las demás naciones, con el propósito de lograr una valoración positiva de la ciencia por parte de los ciudadanos.

Sobre esta valoración positiva, dice Hermelin:

“Hay que cuidarnos de caer en el error de creer que la ciencia debe ser transmitida porque es buena y ayuda a empoderar a la gente. Esa es solo una manera de entender el mundo, una forma de conocimiento”.



No una pirámide, mejor un círculo

El acceso a la información es un derecho de los ciudadanos. También lo es participar del conocimiento, como bien público primordial, y de su producción. Iván Darío Correa apoya esta idea, porque no cree en jerarquías; por el contrario, entiende el proceso como un modelo circular para estimular el diálogo.

“Los resultados que obtenemos deben ser discutidos, mejorados, filtrados, tanto por la comunidad científica como por las demás organizaciones sociales. Allí uno encuentra muchos saberes; lo que ocurre es que no se expresan con ecuaciones o en un idioma técnico, sino en palabras sencillas”.

Cuando se promueve la participación activa de la comunidad en la construcción de conocimiento, hay garantías para conservar los saberes que provienen de la experiencia social. Además, se respeta el derecho a conocer y debatir las iniciativas relacionadas con el desarrollo de la investigación científica y tecnológica, como sostiene Daniel:

“Sí usted pone a los científicos a trabajar, por ejemplo, en el tema de prevención de desastres en Medellín, ellos le presentan un mapa de riesgo y otras cosas bastante interesantes, pero el asunto es más complejo. Conozco personas analfabetas capaces de explicar un proceso completo de esta naturaleza; esto exige ponerse en el lugar de la sociedad, pensar cómo aparecen otros actores. La comunicación de

la ciencia no es una traducción; mirarla desde esta perspectiva la vuelve elitista, porque refuerza la exclusión aunque los esfuerzos se concentren en salir de ella”.

Desde la perspectiva de Hermelin, el problema no radica en qué traducir de aquello que dicen los científicos, o en cómo las comunidades se apropian de esto; lo importante reside en los conocimientos de la gente, que merecen ser escuchados y atendidos por la ciencia.

El lugar de niños y jóvenes

Los talleres de la Universidad de los niños EAFIT están inspirados en desarrollos de la ciencia y la tecnología. En ellos, niños y jóvenes tiene la oportunidad de cuestionar el quehacer de los investigadores a partir de la conversación y la interacción, ejercicios de doble vía donde todas las voces son reconocidas.

Lo confirma Ricardo Mejía cuando expresa:

“A la ciencia le sirve cualquier cuestionamiento. Un ejemplo son los niños con sus interrogantes inocentes que terminan por voltearle la pregunta al investigador”.

Iván Darío Correa rescata también el papel de los interrogantes en este ejercicio y lo que producen en él:

“Un indicador de que hubo una buena comunicación de la ciencia es que se generen preguntas. Con los niños es más evidente; ellos quedan tocados. Tanto así

que la última vez uno me dijo: ‘¡Ay profe, muchas gracias, qué cosa tan rica la que nos contaste!’. Eso es como ganarse el Premio Nobel”.

En los talleres de la Universidad de los niños, los participantes se acercan a las ciencias naturales, exactas, sociales y humanas, y a la posibilidad de construir y expresar sus propias preguntas, con las que invitan a los investigadores a no dejar de cuestionarse. Y los investigadores agradecen esta invitación.

“Uno no puede dar todo por sentado, porque no va a tener mucho que preguntarse”,

dice Daniel Hermelin, consciente de que las preguntas son el motor de la investigación. Por eso el diálogo entre niños, jóvenes e investigadores, que comparten la curiosidad y el deseo de saber, es el primer paso de esta estrategia.

En resumen, la comunicación de la ciencia y la tecnología se convierte en un auténtico ejercicio democrático para la construcción colectiva de conocimiento cuando involucra a diversos actores y teje entre ellos relaciones de doble vía, teniendo en cuenta los propósitos, necesidades y saberes de cada uno. 🎯



Iván Darío Correa, doctor en Geología Marina, acompañó el taller ¿Cómo puede el cambio climático afectar nuestros litorales?

